

tura. La Condamine no vió en parte alguna tantos colibríes como en los jardines de Quito, cuyo clima no es muy cálido. Por lo tanto parece que estos pájaros se agradan de una temperatura de 20^o ó de 21^o; y allí en medio de una série no interrumpida de goces y de delicias, vuelan de la flor abierta á la flor naciente, y el año, círculo entero para estos séres, de hermosos días, no es para ellos mas que una sola estacion constante de amor y de fecundidad.

EL COLIBRÍ-TOPACIO.

Como la pequeñez es el carácter mas notable de los pájaros-moscas, hemos empezado la numeracion de sus especies por el mas diminuto; pero no siendo los colibríes tan pequeños, nos ha parecido que debíamos restablecer aquí el orden natural de mayor á menor, y principiar por el colibrí-topacio, que, aun sin tomar en cuenta las dos hebras largas de su cola, nos parece el mayor de este género. También diríamos que es el mas hermoso, si todos estos pájaros brillantes por su hermosura no compitiesen unos con otros en belleza. La talla del colibrí-topacio, delgada, suelta y elegante, no llega á la de nuestro trepador. La longitud del pájaro, medida desde la punta del pico hasta la de la verdadera cola, es de cerca de seis pulgadas, y las dos hebras largas la esceden en dos pulgadas y media. Realza su garganta y la parte anterior del cuello una placa de color de topacio brillante; este color, visto de lado, se cambia en verde dorado, y puesto el objeto á mayor altura, parece de un verde puro, cubre la cabeza una toca negra ater-

ciopelada, y un filete de este mismo color guarnece la placa de que hemos hablado; el pecho, el contorno del cuello y la parte superior del dorso son de un hermosísimo color de púrpura subido: el vientre es también de color de púrpura, pero mucho mas rico todavía, y brillante con visos rojos y dorados; los brazos y la parte inferior del dorso son de rojo-aurora; las grandes remeras de pardo-violado, y rojas las pequeñas; las coberteras superiores é inferiores de la cola son de un verde dorado; sus rectrices laterales son rojas, y las dos intermedias de un pardo purpúreo, y en estas se hallan colocadas las dos hebras largas guarnecidas de diminutas barbas de una línea de ancho á cada lado. Estas hebras largas se cruzan naturalmente un poco mas allá del extremo de la cola, separándose despues de un modo divergente. Dichas hebras caen cuando el pájaro está de muda; y en este tiempo el macho, á quien únicamente pertenecen, se parecería á la hembra si no se diferenciase de ella por otros caracteres. La hembra no tiene la garganta de color de topacio, sino solamente señalada con una ligera tinta roja: así mismo, en lugar del hermoso color de púrpura y rojo encendido del plumage del macho, casi todo el de la hembra es verde-dorado. Ambos tienen los pies blancos. Por lo demás, échase de ver por lo que dice Brisson, que no habia visto estos pájaros, cuán defectuosas son las descripciones que se hacen sin tener delante el objeto: por ejemplo, este autor describe al macho con garganta verde porque la lámina de Edwards lo representa así, no siendo posible espresar con el pincel el color de oro resplandeciente, que adorna aquella parte de su cuerpo.

EL COLIBRÍ VERDE Y NEGRO.

Este nombre caracteriza mucho mejor á este pá-aro que el de *colibri de Méjico* que le dió Brisson, respecto á que hay en Méjico otros muchos colibríes. Este de que tratamos tiene cuatro pulgadas y media de longitud, y su pico quince líneas; la cabeza, el cuello y el dorso son de un verde dorado y bronceado, el pecho, el vientre, los costados y los pies son de un negro luciente con un ligero viso rojizo; tiene atravesado el abdómen con una faja blanca, y otra de verde dorado con visos azules corta transversalmente la parte superior del pecho; la cola es de un negro aterciopelado con viso azul de acero pulido. Distinguese la hembra del macho por carecer de mancha blanca en el abdómen: esta especie se encuentra igualmente en Méjico y en la Guayana; á ella refiere Brisson el *avis auricoma mexicana* de Seba; que es á la verdad un colibrí; pero no dice de él sino lo que puede convenir á todos los pájaros de esta familia, y mejor aun á otros que á este; pues solo habla de él en general, diciendo que la naturaleza, pintándolos con los mas ricos colores, quiso hacer de ellos una obra maestra inimitable con el mas delicado pincel.

EL PEQUEÑO COLIBRÍ.

Este es el último y el mas pequeño de todos los colibríes; su longitud total es de tres pulgadas y tres

líneas; su pico tiene trece líneas, y su cola de catorce á quince. Este pajarillo es enteramente verde, excepto las alas que son de color violado pardo. Tiene una mancha blanca en el abdómen, y un pequeño borde de este mismo color en las plumas de la cola, el cual es mas ancho en las dos esternas, pues cubre en ellas la mitad. Maregrave espresa aquí otra vez su admiracion por el brillante adorno con que ha revestido la naturaleza á estos hermosos pajarillos. Todo el fuego y todo el brillo de la luz, dice, parece estar reunidos en su plumage, el cual centellea como un pequeño sol: *In suma splendet ut sol.*

LOS PAPAGAYOS.

Los animales que mas han escitado la admiracion del hombre son los que le han parecido participar algun tanto de su naturaleza; siempre que ha visto á algunos de estos hacer ó remedar ciertas acciones humanas, ha quedado absorto y embelesado. El mono por la semejanza de las formas exteriores, y el papagayo por la imitacion de la palabra, le han parecido seres privilegiados intermedios entre el hombre y el bruto: idea errónea que produce la primera apariencia, pero que pronto destruyen el exámen y la reflexion. Insensibles los salvages al grande espectáculo de la naturaleza, é indiferentes á todas sus maravillas, solo han quedado atónitos á la vista de los papagayos y de los monos; estos son los únicos animales que han llamado su estúpida atencion: así es que por contemplar las cabriolas de los sapajúes, detienen á veces sus canoas durante horas enteras; tienen singular pla-

cer en criar y educar á los papagayos, y como se han tomado el trabajo de discurrir para perfeccionarlos, han encontrado el arte, desconocido todavía entre nosotros, de variar y hacer mas ricos los hermosos colores que adornan el plumage de estas aves (1).

El uso de la mano, el andar en dos pies, la semejanza, aunque tosca, de la cara, la falta de cola, las nalgas desnudas, la similitud de las partes sexuales, la situacion de los pechos, la evacuacion periódica en las hembras, la afición de los machos por nuestras mugeres, todos los actos que pueden resultar de esta conformidad de organizacion, han hecho dar al mono el nombre de *hombre salvaje* por unos hombres que lo eran verdaderamente á medias, y que no sabían comparar mas que las relaciones exteriores. ¡Qué sería si por una combinacion de la naturaleza hubiese tenido el mono la voz del loro, y como él, la facultad de la palabra! Si el mono hubiese hablado, hubiera hecho enmudecer de admiracion á toda la especie humana, en términos, que no sin mucha dificultad demostrara el filósofo que á pesar de tan hermosos atributos humanos, no es el mono mas que una bestia. Ha sido, pues, una felicidad para nuestra inteligencia el que la naturaleza haya separado y puesto en dos especies tan diferentes la imitacion de la palabra y la de nuestros gestos, y que habiendo dotado á todos los animales de los mismos sentidos, y á algunos de ellos de miembros y órganos semejantes á los del hombre, le haya reservado á éste la facultad de

(1) Llámense papagayos alombrados aquellos á quienes dan los salvages colores artificiales; lo que hacen, segun dicen, dejando caer gota á gota la sangre de una rana en las pequeñas llagas que hacen á los papagayos jóvenes arrancándoles algunas plumas; las que nacen nuevamente, cambian de color, y de verdes ó amarillas que eran, se ponen anaranjadas, de color de rosa ó matizadas, segun las drogas que al efecto se emplean.

perfeccionarse: carácter único y glorioso, que por sí solo hace nuestra preeminencia, y constituye el imperio del hombre sobre todos los otros seres; porque se han de distinguir dos clases de perfeccion: la una mas estéril y que se limita á la educacion del individuo; y la otra fecunda, que se difunde por toda la especie y que se estiende en razon del cultivo que recibe por medio de las instituciones sociales. Ningun animal es susceptible de esta perfeccion de especie; ninguno de ellos es hoy dia mas de lo que ha sido, ni mas de lo que será en todos tiempos, porque siendo su educacion puramente individual, no pueden ellos transmitir á sus hijos mas de lo que ellos mismos recibieron de sus padres, en vez de que el hombre recibe la educacion de todos los siglos, recoge todas las instituciones de los otros hombres, y puede, haciendo prudente uso del tiempo, aprovecharse de todos los instantes de la duracion de su especie para ir la perfeccionando siempre mas y mas. ¡Cuánto no son de llorar aquellas edades funestas en que la barbarie no solo detuvo nuestros progresos, sino que nos hizo retrogradar al punto de imperfeccion de donde habiamos salido! Sin estas desgraciadas vicisitudes hubiera caminado la especie humana y caminaría todavía constantemente hacia su perfeccion, que es el título mas hermoso de su superioridad, y el único que puede labrar su dicha.

Pero el hombre puramente salvaje que se negase á vivir en sociedad, no recibiendo mas que una educacion individual no podría perfeccionar su especie y no se diferenciaria, ni aun en cuanto á la inteligencia, de aquellos animales á quienes se ha dado su nombre; no gozaria tampoco del don de la palabra si huiese de su familia y abandonase á sus hijos poco despues de su nacimiento. Al cariño de las madres se deben los primeros gérmenes de la sociedad; á su

constante solícitud y á los cuidados asiduos de su ternura, el desarrollo de estos gérmenes preciosos: la debilidad del niño exige atenciones continuas, y hace precisa esta duracion de efecto, durante la cual los gritos de la necesidad y las respuestas del cariño empiezan á formar un idioma cuyas espresiones llegán á ser constantes y recíproca la inteligencia por la repetición de dos ó tres años de un ejercicio mútuo; mientras que en los animales, cuyo crecimiento es mucho mas rápido, no repitiéndose los signos respectivos de necesidad y de socorro sino durante seis semanas ó dos meses, solo pueden hacer impresiones ligeras y fugitivas, las cuales se desvanecen en el momento en que el animal jóven se separa de su madre. Por esta razón, pues, no puede haber idioma, ni de palabras ni de signos, sino en la especie humana: porque no se debe atribuir á la estructura particular de nuestros órganos la formación de nuestra palabra, puesto que el papagayo puede pronunciar como el hombre: pero picotear no es hablar, y las palabras no forman idioma sino en tanto que espresan la inteligencia y pueden comunicarla. Pero estas aves, á las que nada falta para la facilidad de la palabra, carecen de esta espresión de inteligencia, única que constituye la grande facultad del lenguaje; están privados de ella como todos los demás animales y por las mismas causas, esto es, por su pronto crecimiento en la primera edad, y por la corta duracion de su sociedad con sus padres, cuyos cuidados se limitan á la educación corporal, y no se repiten ni continúan bastante tiempo para que hagan impresiones duraderas y recíprocas, ni lo necesario tampoco para establecer la union de una familia constante, primer grado de toda sociedad, y única fuente de toda inteligencia.

La facultad de la imitación de la palabra ó de nuestros gestos no dá, pues, ninguna superioridad á

los animales que están dotados de esta apariencia de talento natural. El mono que gesticula, el papagayo que repite nuestras palabras, no se hallan por esto en estado de aumentar su inteligencia y de perfeccionar su especie: este talento se limita, en el papagayo, á hacerlo mas interesante para nosotros, pero no supone que esté dotado de superioridad alguna sobre los otros pájaros, sino que teniendo mas facilidad que los otros para imitar la palabra, debe tener el sentido del oído y los órganos de la voz mas análogos á los del hombre; y esta relacion de conformidad que en el papagayo alcanza al mas alto grado, se encuentra con alguna diferencia en otras muchas aves que tienen la lengua gruesa, redonda y de la misma forma poco mas ó menos que la de aquel: los estorninos, los mirlos, los grajos, las chovas, etc. pueden tambien imitar la palabra. Los que tienen la lengua ahorquillada, como la mayor parte de nuestros pajarillos, silban con mas facilidad que charlan. En fin, aquellos en quienes se encuentra reunida esta organización propia para silbar con la sensibilidad del oído y la reminiscencia de las sensaciones que reciben por medio de este órgano, aprenden fácilmente á repetir sonatas, esto es, á silbar por música: el canario, el pardillo, el verderon, la loxia, etc. parecen ser naturalmente músicos. El papagayo, bien sea por imperfección en los órganos ó por falta de memoria, no hace mas que dar gritos ó no pronuncia sino frases muy cortas, y no puede ni cantar ni ensayar tonadas moduladas: no obstante imita todos los sonidos que oye, como el mahullido del gato, el ladrido del perro, y los gritos de las aves, con tanta facilidad como remeda la palabra. Dedúcese de lo dicho que puede espresar y hasta articular los sonidos, pero no modularlos ni sostenerlos con cadencia; lo que prueba que tiene menos memoria y menos flexibilidad de ór-

ganos, que su garguero es tan seco y áspero, como es tierno y melodioso en los pájaros cantadores.

Fuera de esto, es necesario distinguir dos especies de imitación: la una meditada ó sentida, y la otra maquinal y sin intención; la primera adquirida y la segunda por decirlo así, innata. La una no es mas que el resultado del instinto comun, que tiene la especie entera, y no consiste sino en la similitud de los movimientos y de las operaciones de cada individuo, que todos parecen estar inducidos ú obligados á hacer las mismas cosas; y quanto mas estúpidos mas perfecta es la imitación peculiar de su especie: un carnero no hace ni hará nunca mas que lo que han hecho y hacen todos los demas carneros, y la primera celdilla de una abeja es parecida á la última. La especie entera no tiene mas inteligencia que un solo individuo, y en esto consiste la diferencia del entendimiento al instinto: así la imitación natural no es en cada especie mas que un resultado de similitud, una necesidad tanto menos inteligente y mas ciega quanto está mas igualmente repartida. La otra imitación, que se debe mirar como artificial, no puede distribuirse ni comunicarse á la especie; solo pertenece al individuo que la recibe y la posee sin poderla dar á otro: el papagayo mejor instruido no transmitirá nunca á sus hijos el talento de la palabra. Toda la imitación que adquieren los animales por medio del arte y la paciencia de los hombres, permanece en el individuo que la recibió, y aunque esta imitación dependa, como la primera, de la organización, supone no obstante facultades particulares que parecen depender de la inteligencia, tales como la sensibilidad, la atención, la memoria, etc.; de suerte, que los animales capaces de esta imitación, y que pueden recibir impresiones duraderas y algunas señales de educación de parte de los hombres, son especies distin-

guidas en el orden de los seres organizados; y si esta educación es fácil, y puede darla facilmente el hombre á todos los individuos, la especie, como la del perro, se hace realmente superior á las otras especies de animales mientras conserve sus relaciones con el hombre; porque el perro abandonado á su naturaleza vuelve á decaer en términos que se pone al nivel de la zorra ó del lobo, y no puede por sí mismo volverse á levantar.

Nosotros podemos, pues, ennoblecer todos los seres acercándonos á ellos; mas no enseñaremos nunca á los animales á que se perfeccionen á sí mismos. Cada individuo puede tener algo de nosotros sin que se aproveche la especie, y es por falta de inteligencia en ellos; ninguno puede comunicar á los demas lo que recibió de nosotros: pero todos son con poca diferencia igualmente susceptibles de educación individual; pues aunque las aves, por las proporciones del cuerpo y las formas de sus miembros, son muy diferentes de los animales cuadrúpedos, veremos sin embargo que como ellos, tienen los mismos sentidos, y son susceptibles de los mismos grados de educación. Puede, por ejemplo, enseñarse á los agamies á hacer poco mas ó menos lo que hacen nuestros perros; y un canario bien educado manifiesta su afecto con caricias tan vivas, mas inocentes y menos falsas que las del gato. Tenemos ejemplos muy notables de lo que puede la educación en las aves de rapiña, que de todos los pájaros parecen ser los mas ariscos y mas difíciles de amansar. En Asia se conoce el arte de enseñar al palomo á llevar y traer billetes á cien leguas de distancia. El de la cetrería nos demuestra que, dirigiendo el instinto natural de las aves, se le puede perfeccionar tanto como el de los otros animales, y no dudo que si el hombre quisiese ocupar tanto tiempo y poner tanto cuidado en la educación de un pájaro, como lo

pone en la de un niño, haria por imitacion todo cuanto éste hace por inteligencia: la diferencia estaria únicamente en el resultado; pues la inteligencia, siempre fecunda, se comunica y estiene á la especie entera y vá siempre en aumento; en vez de que la imitacion, necesariamente estéril, no puede ni estenderse ni trasmitirse.

Y esta educacion, con la cual hacemos á los animales y á los pájaros mas útiles ó mas amables para nosotros, parece que los hace odiosos á todos los demas, y en especial á los de su misma especie. Luego que un pájaro domesticado toma el vuelo y se vá á los bosques, reúnen todos los demas, al pronto para admirarle, pero presto lo maltratan y persiguen como si fuera de especie enemiga, segun se acaba de ver en el ejemplo del alfañeque. Esto mismo he visto yo tambien con respecto á la urruca y al grajo: siempre que se les dá libertad, los pájaros silvestres de su especie se reúnen para atacarlos y echarlos de su compañía: y no los admiten en ella sino cuando estos pájaros domesticados han perdido enteramente todos los signos de su afecto hácia nosotros, y todos los caracteres que los hacian diferentes de sus hermanos salvages; como si estos caracteres les recordasen el temor que les inspira el hombre su tirano, y el ódio que merecen sus partidarios ó esclavos.

Por lo demás, de todos los seres de la naturaleza, el pájaro es el mas independiente y el mas envaneido de su libertad, por lo mismo que esta es mas completa y mas estensa que la que disfrutan todos los demás animales. Como el pájaro no necesita mas que un instante para salvar cualquier obstáculo y elevarse sobre sus enemigos, á quienes es superior por la celeridad del movimiento y por la ventaja de su situacion en un elemento en donde no pueden alcanzarlo, mira á todos los animales terrestres como sé-

res pesados, pegados á la tierra y arrastrándose por el polvo; y no temeria tampoco al hombre si la bala y la flecha no le hubiese enseñado que sin moverse de su puesto puede alcanzar, herir y llevar la muerte. La naturaleza ha concedido á los pájaros, con las alas que les ha dado, los atributos de la independenciam y los instrumentos de la libertad: de ahí es que no reconocen mas patria que el cielo que les conviene; previenen sus vicisitudes, y cambian de clima adelantándose á las estaciones; no se establecen en un punto sin haber antes presentido su temperatura; y no llegan generalmente hasta que el dulce aliento de la primavera cubre las selvas de verde alfombra, hasta que hace abrir los gérmenes que deben alimentarlo, hasta que pueden establecerse, alojarse y esconderse bajo el follage; en fin, hasta que vivificando la naturaleza las potencias del amor, parece que el cielo y la tierra reúnen sus beneficios para colmar su felicidad. Sin embargo, esta estacion de placeres será presto para ellos origen de inquietudes; no tardarán en temer á estos mismos enemigos sobre los cuales se cernian con desprecio; el gato montés, la marta, la comadreja procurarán devorar lo que ellos mas aman, y la culebra trepará tambien para tragar sus huevos y destruir su progenitura; por mas elevado, por mas oculto que esté el nido, sabrán estos animales descubrirlo, alcanzarlo y devastarlo; y los niños, esta bella y preciosa porcion del género humano, pero siempre maligna por ociosidad, violarán sin reflexion esos sagrados depósitos del producto del amor. Muchas veces la cariñosa madre se sacrifica con la esperanza de salvar á sus hijuelos; se deja coger antes que abandonarlos, y prefiere tomar parte en la desgracia de sus hijos y sufrir la misma suerte que ellos, antes que ir á anunciar á su amante con sus gritos, único sin embargo que podria consolarla parti-

cipando de su dolor. El afecto materno es, pues, un sentimiento mas poderoso que el temor, y mas profundo que el amor, puesto que es superior aquí á los otros dos en el corazon de una madre, y le hace olvidar su amor, su libertad y su vida.

¿Por qué el tiempo de los grandes placeres es tambien el de las grandes solicitudes? ¿Por qué los goces mas deliciosos van siempre acompañados de inquietudes y ansiedades, hasta en los seres mas libres é inocentes? ¿Y no se podria reconvenir á la naturaleza, á esta madre comun de todos los seres, porque su beneficencia nunca es pura ni de larga duracion? Esa dichosa pareja que se ha reunido por eleccion y construido de mancomun su domicilio de amor, y ha prodigado los cuidados mas tiernos á su naciente familia, teme á cada instante que se la arrebaten; y si consigue criarla, otros enemigos todavia mas formidables vienen entonces á acometerla con mas ventaja: el ave de rapiña llega como el rayo, y arrójase sobre su familia entera; los padres son con frecuencia sus primeras víctimas, y los polluelos, cuyas alas no están aun bastante ejercitadas no pueden librarse de su furor. Estas aves sanguinarias inspiran á todos los demás pájaros un espanto tan fuerte, que se les vé estremecerse en su presencia: aun aquellas aves que están con seguridad en nuestros corrales, por distante que se halle el enemigo, tiemblan tan luego como lo descubren; y las que viven en el campo, poseidas de igual terror, lo manifiestan con gritos y con una fuga precipitada hácia los sitios en que pueden ponerse á cubierto de su enemigo. El estado mas libre de la naturaleza tiene tambien sus tiranos; y desgraciadamente solo pertenece á ellos esa suprema libertad de que abusan, y esa absoluta independencia que los hace orgullosos y crueles. El águila desprecia al leon y le arrebatá impunemente su pre-

sa; tiraniza igualmente á los habitantes del aire y á los de la tierra, y hubiera invadido tal vez el imperio de una grande porcion de la naturaleza, si las armas del hombre no la hubiesen relegado á las cimas de las montañas, y repelido hasta los sitios mas agrestes é inaccesibles, donde goza tambien sin turbacion y sin rivalidad de todas las ventajas de su tiránico dominio.

La rápida ojeada que acabamos de echar sobre las facultades de las aves basta para demostrarnos que en la cadena del gran orden de los seres, deben estas ocupar el primer lugar despues del hombre. La naturaleza ha reunido y concentrado en el pequeño volúmen de su cuerpo mas fuerza que la que ha concedido á las grandes moles de los animales mas poderosos; les ha dado mas ligereza, sin perjudicar en lo mas mínimo á la solidez de su organizacion; les ha cedido un imperio mas vasto sobre los habitantes del aire, de la tierra y de las aguas; les ha entregado los poderes de un dominio esclusivo sobre el género entero de los insectos, que parece no reciben de ella su existencia sino para mantener y fortificar la de sus destructores, á quienes sirven de pasto. Dominan así mismo sobre los reptiles, de los que purgan la tierra sin temor de su veneno; sobre los peces, que sacan fuera de su elemento para devorarlos; y en fin, sobre los animales cuadrúpedos, que son tambien sus víctimas. Se ha visto al pernoctero atacar á la zorra, al halcon detener á la gacela, al águila arrebatar la oveja, atacar al perro como á la liebre, darles muerte y llevárselos á su nido; y si añadimos á todas estas preeminencias de fuerza y de celeridad las que acercan á los pájaros á la naturaleza del hombre, tales como el andar en dos pies, la imitacion de la palabra, la memoria musical, los veremos mas cerca de nosotros que lo que al parecer indica su for-

ma exterior, al mismo tiempo que, por la prerogativa única del atributo de las alas y por la preeminencia del vuelo sobre la carrera, reconocemos su superioridad sobre todos los animales terrestres.

Pero pasemos de estas consideraciones generales sobre las aves al examen particular del género de los papagayos: este género, mas numeroso que otro alguno, no dejará de presentarnos grandes ejemplos de una verdad nueva; y es que de las aves, así como de los cuadrúpedos, no existe en las tierras meridionales del Nuevo Mundo ninguna especie de las tierras meridionales del antiguo continente, y esta esclusión es reciproca: no se encuentra en la América meridional ningun papagayo de Africa y de las Indias orientales, y reciprocamente ninguno de los de esta parte del Nuevo Mundo en el antiguo continente. Sobre este hecho general he establecido yo el fundamento de la nomenclatura de estas aves; cuyas especies son tan variadas y multiplicadas, que sin hablar de las que nos son desconocidas, podemos contar mas de ciento, y de estas no hay ni una sola que sea comun á entrambos continentes. ¿Puede darse por ventura otra prueba mas demostrativa de esta verdad general que hemos espuesto en la historia de los animales cuadrúpedos? Ninguno de los que no pueden soportar el rigor de los climas frios ha podido pasar de un continente al otro; porque estos continentes no han estado nunca reunidos sino por las regiones boreales. Lo mismo sucede con las aves que, así como los papagayos, no pueden vivir ni multiplicarse sino en los climas cálidos: todos estos, á pesar del poder de sus alas, han quedado confinados, unos en las tierras meridionales del Nuevo Mundo, y otros en las del antiguo, y no ocupan en cada una de estas partes mas que una zona de veinte y cinco grados á cada lado del ecuador.

Pero, á esto podrá objetársenos: puesto que los elefantes y demás animales cuadrúpedos de Africa y las Indias orientales han ocupado primitivamente las tierras del Norte en ambos continentes, ¿no han debido tambien los papagayos, los cacaatúas, los loríes y todas las demás aves de estas mismas comarcas meridionales de nuestro continente habitar en lo antiguo las partes septentrionales de ambos mundos? ¿Por qué los que habitaban en otro tiempo la América septentrional no pasaron á las tierras cálidas de la América meridional? pues no habrán sido detenidos, como los elefantes, por las altas montañas ni por las tierras estrechas del istmo; y la razon que de estos obstáculos se deduce no es aplicable á las aves que pueden salvar fácilmente estas montañas: por donde las diferencias que se encuentran constantemente entre las aves de la América meridional y las de Africa, suponen algunas otras causas que la del sistema sobre el enfriamiento de la tierra y sobre el paso de todos los animales del Norte al Mediodía.

Esta objecion, que á primera vista parece fundada, no es sin embargo mas que otra cuestion, que de cualquier modo que se produzca, no puede ni oponerse ni perjudicar á la esplicacion de los hechos generales del nacimiento primitivo de los animales en las tierras del Norte, de su venida á las del Mediodía, y de su esclusión de las tierras de la América meridional. Estos hechos, por mas dificultades que presenten, no son menos constantes, y pareceme que se puede responder satisfactoriamente á la cuestion sin alejarse del sistema; porque las especies de aves que necesitan gran calor para subsistir y multiplicarse, no habrán podido, á pesar de sus alas, salvar mejor que los elefantes las cimas heladas de las montañas; los papagayos y las demás aves del Mediodía no se encumbran lo bastante en la region del aire para evitar el

frio contrario á su naturaleza, y por consiguiente no habrán podido penetrar en las tierras de América meridional, sino que habrán perecido como los elefantes en las comarcas septentrionales de este continente á medida que estas se han ido enfriando. Asi pues, esta objecion, lejos de alterar en lo mas mínimo el sistema, no hace mas que confirmarlo y hacerlo mas general, puesto que ni los animales cuadrúpedos ni las aves del Mediodía de nuestro continente pudieron penetrar ni establecerse en el continente aislado de la América meridional. Sin embargo, nosotros convendremos en que esta esclusión no estan general en cuanto á las aves como en cuanto á los cuadrúpedos, en los cuales no se encuentra especie alguna que sea comun á Africa y á América; mientras que en las aves se puede contar un corto número cuyas especies se encuentran igualmente en ambos continentes; pero esto dimana de causas particulares, y únicamente en cuanto á ciertos géneros de aves, que reuniendo á una gran fuerza de vuelo la facultad de apoyarse y de descansar sobre el agua por medio de las anchas membranas de sus pies, han atravesado y atraviesan todavia la vasta estension de los mares que separan ambos continentes por la parte del Mediodía. Y como los papagayos no son palmípedos ni tienen el vuelo elevado, y por mucho tiempo sostenido, ninguna de estas aves ha podido pasar de un continente á otro, á no haber sido llevada por los hombres. Cualquiera quedará convencido de lo que acabo de decir, comparando su nomenclatura y las descripciones de cada especie, á las que remitimos todos los pormenores de sus semejanzas y diferencias, así genéricas como específicas; y esta nomenclatura era tal vez tan difícil de desenredar como la de los monos, porque todos los naturalistas antes que yo habian confundido igualmente las especies y hasta los géneros de las m-

merosas tribus de estas dos clases de animales de las que ni una sola especie pertenece á entrambos continentes á la vez.

Los griegos no conocieron al principio mas que una especie de papagayo ó mas bien de cotorra, que es la que llamamos en el dia *gran cotorra de collar*, y se encuentra en el continente de la India. Las primeras aves de esta especie que se conocieron en Grecia, las trajo de la Trapobana Onesicrito, comandante de la escuadra de Alejandro, y eran tan nuevas y raras, que el mismo Aristóteles parece no las habia visto, y solo habla de ellas por lo que de las mismas oyó decir. Pero la belleza de estos pájaros y su disposicion para imitar la palabra, hicieron que fuesen presto un objeto de lujo entre los romanos, y el severo Caton llegó á reprenderles este esceso, pues alojaban á este pájaro en jaulas de plata, de concha y de marfil, y el precio de un papagayo fué en algunas ocasiones mas subido en Roma que el de un esclavo.

En Roma no se conocian mas papagayos que los que traian de las Indias, hasta que en tiempo de Nerón unos emisarios de este príncipe los encontraron en una isla del Nilo entre el Siena y Meroe, lo que conviene con el límite de 24 á 25° que hemos designado á estas aves, y de que al parecer no han pasado. Por lo demás, Plinio nos dice que el nombre *psittacus* que los latinos dieron al papagayo, deriva de su nombre indio *psittace* ó *sittace*.

Los portugueses, que como se sabe, fueron los primeros que doblaron el cabo de Buena-Esperanza y reconocieron las costas de Africa, encontraron las tierras de Guinea y todas las islas del océano Indio pobladas, como el continente, de diversas especies de papagayos, todas desconocidas en Europa y en tanto número, que en Calicut, en Bengala y en las costas de Africa tenian que permanecer los indios y

los negros en sus campos de maiz y de arroz en tiempo de su madurez, para alejar de allí á estas aves que acudian á devastarlos.

La gran multitud de papagayos que se encuentra en todas las regiones que ellos habitan, prueba al parecer que reiteran mucho sus puestas, respecto á que cada una de ellas es muy corta, pero es imponderable la variedad de especies de aves de este género que se veian en todas las playas meridionales del Nuevo Mundo cuando los primeros navegantes descubrieron aquellas costas: los habia en tanto número en algunos puntos, que dieron á muchas islas el nombre de islas de los papagayos. Estos fueron los únicos animales que encontró Colon en la primera á que abordó, y estas aves sirvieron de objetos de cambio en el primer comercio que establecieron los europeos con los americanos. En fin, fueron trayendo tantos papagayos de América y de Africa, que el papagayo de los antiguos quedó del todo olvidado, y ya no se conocia en tiempo de Belon sino por la descripción que de él habian dejado: no obstante, dice Aldrovando, que no hemos visto todavía mas que una parte de las infinitas especies que se crian en las islas y en las tierras del Nuevo Mundo, y que es tan prodigioso su número, que para espresar su increíble variedad no menos que el brillo de sus colores y toda su hermosura, sería menester dejar la pluma y tomar el pincel.

Ahora, para seguir en cuanto sea posible el orden que ha establecido la naturaleza en esta multitud de especies, tanto por la distincion de las formas como por la division de los climas, dividiremos desde luego el género entero de estas aves en dos clases; comprendiendo en la primera todos los papagayos del antiguo continente, y en la segunda todos los del Nuevo Mundo, en seguida subdividiremos la primera en

cinco grandes familias, á saber; los cacatúas, los papagayos propiamente dichos, los loríes, las cotorras de cola larga, y las cotorras de cola corta; y del mismo modo subdividiremos tambien los del nuevo continente en otras seis familias, á saber; los guacamayos, las amazonas, los criques, los tíffes, las pericas de cola larga, y en fin, las pericas de cola corta. Cada una de estas once tribus ó familias está designada con caractéres distintivos, ó á lo menos cada una lleva alguna librea particular por la que puede conocerse.

PAPAGAYOS DEL ANTIGUO CONTINENTE.

LOS CACATUAS.

Los cacatúas son los papagayos mas grandes antiguo continente, todos son oriundos de él, y parecen naturales de los climas del Asia meridional. Ignoramos si los hay tambien en las tierras del Africa; pero es cierto que no se encuentran en América. Están esparcidos, segun parece en las regiones de las Indias meridionales, y en todas las islas del océano Indio, en Ternate, en Banda, en Ceran, en las Filipinas, en las islas de la Sonda, etc., y su nombre de cacatúa (kakatoes) viene de la semejanza que tiene esta palabra con su grito. Distingueseles fácilmente de los otros papagayos por su plumage blanco, por su pico mas corvo y redondeado, y particularmente por un penacho de plumas largas de que está adornada su cabeza, y que ellos alzan y bajan á su gusto.